

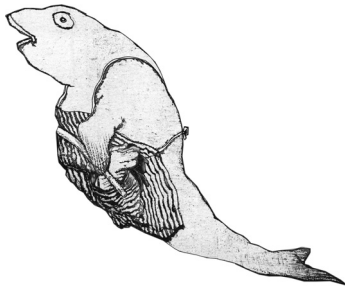








Abre la Puerta
al Mar



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2015

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Herederos de Xavier Seoane, 2000

Cubiertas: © *Venganza del pez y del pájaro* (1987), de Manuel Alcorlo

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-39-3
Depósito legal: M-XXXX-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Abre la Puerta al Mar

Xavier Seoane



Índice

ABRE LA PUERTA AL MAR	II
Libro primero:	
La Canción de los Mallante	19
I. El laberinto de las medusas y de los murciélagos	21
II. Ada y los Mallante	37
III. El padrino Melchor	49
IV. Las ballenas errantes	61
Libro segundo:	
Un mundo que naufraga	73
I. Inmersiones sin retorno	75
II. Los encajes de un sueño desvelado	93
III. La alianza de las tinieblas	107

	Libro tercero:	
La alianza del exilio y del retorno		117
I. Los días del arca		119
II. Las ballenas del odio		137
III. La nave del retorno		195



Abre la Puerta
al Mar



—¡*R*APÁS!... ¡*R*apás!... ¡El Mar!... ¡El Mar!...

La Abuela, todas las tardes, a la puesta del sol, lo llamaba, a lo lejos.

Las mareas no eran, en aquellas tierras, como las que se decía que había en otras costas.

De que la subida y la bajada de las aguas era consecuencia de los cambios de la luna habían hablado siempre los marineros nativos, que se desplazaran a mares remotos, y así lo transmitieron los libros de los que se guardaba memoria.

Pero allí las cosas nunca habían sido de ese modo, pues sobre las mareas que llegaban a las playas de la Maior y la Seaia no actuaba esa atracción misteriosa, sino el ascenso y la caída del sol.

Por eso las playas, durante el día, aparecían dilatadas en una lejanía invisible, pero a medida que la luz se

retiraba y entraba la noche, la pleamar inundaba los inmensos arenales de la costa.

En aquella casa, suspendida milagrosamente sobre las olas en el promontorio más extremo del pueblo, había que retirarse en aquel momento, porque el mar remontaba tanto que sumergía el arenal, subía lentamente las escaleras exteriores, invadía la terraza, inundaba el umbral y comenzaba a trepar por las escaleras que ascendían al piso, sumiendo los cuartos y los objetos en una ensimismada y lenta navegación. Luego, subía al desván, revolvía los trastos amontonados y remontaba, chimenea arriba, hasta el punto más alto, donde la lengua de espuma rebosaba como el humear que los leños de roble producían en la lareira.

Poco antes del alba, cuando asomaba el primer rayo de luz en el horizonte, las aguas se retiraban abandonando secas las colchas y los espejos, la tarima del suelo y la madera de los muebles, mientras exhalaban un silbido ronco y monótono como el de una caracola que llamase a despertar desde el horizonte.

—¡Lolo!... ¡Lolo!... ¡La ola!... ¡La ola!...

Cuando oía la llamada de la Abuela, abandonaba el arenal, subía a casa, cenaba, bebía la copa de agua salada que le daba, y aun salía un momento al pórtico mientras se extinguía a lo lejos el último resplandor. Y tan pronto como notaba que el agua comenzaba a lamerle la punta de los zuecos, se retiraba a dormir.

Entonces la Abuela, mientras la Madre preparaba la cesta y los palillos con que hacían puntillas de encaje hasta altas horas de la noche, lo desnudaba y metía en la cama, pues sabía que aquel rumor no tardaría en sumergirlo en el sueño.

Aquella mujer, de espesa cabellera de algas verdes, de la que se decía que era capaz de detener, con una simple mirada, a las gaviotas en vuelo, lo adormecía con solo pasarle la mano por la frente.

En tanto la contemplaba, el niño sentía un progresivo sosiego mientras la casa se sumergía y su cuerpo se adentraba por aquellos territorios en que las conchas, las estrellas y los pulpos le iban cubriendo la colcha, sumiéndolo en una nostalgia anterior al tiempo y la memoria.





Libro primero
LA CANCIÓN
DE LOS MALLANTE



I

El laberinto de las medusas y de los murciélagos

...“UNA NOCHE ENTRÓ un murciélago en casa. Volaba como un loco pero no chocó con nada, ni siquiera con el espejo donde, sorprendido, se contempló. Dio vueltas por el umbral, se adentró en la cocina, metió el hocico en el arcón de la sal, la probó con agrado y, ligero como un rayo, remontó hasta el desván y se puso a anidar”.

—ASÍ FUE —le dijo la Abuela Ada— cómo los murciélagos llegaron, en otros tiempos. Y quedaron para siempre, como las medusas que trajeron las mareas.

Lolo había observado cómo algunos días la Abuela se encerraba con ellos, sin saber qué tramaban, o en qué se entretenían, aunque le llegasen siseos, rumores...

Cuando al fin salía, el chiquillo le preguntaba:

—Abuela, ¿con quién hablabas?

—Con los antepasados, *rapás*.

Entonces, mientras ella se ponía a hacer bolillos, él permanecía como a leguas de distancia, pues eran muy grandes su timidez y su extrañeza.

Lolo se había acostumbrado también a que algunas lechuzas de los bosques del interior, o ciertas aves de la comarca, acudiesen a veces al encuentro de la Abuela, por curar un ala rota a causa de una pedrada, por sanar heridas producidas por la trampa de un furtivo o por haberse estrellado contra un hilo de aquellos que conducían, en tiempos recientes, la nueva luz que unos llamaban “elétrica” y otros “artificial”.

Algunas noches había oído cómo algún cetáceo venía a llamarla, recalando en la playa.

En una ocasión una ballena blanca apareció herida en la Maior, soltando espuma por las fauces, entre alaridos desgarradores.

Entonces la Abuela —que le olía como a salitre, o a algas, y tenía en la cara, o así le parecía, un aire entre murciélago y medusa— preparó una pócima rara, con hierbas de las que apañaba en sus andanzas por los bosques, donde a veces también cogía huevos de hormiga, telas de araña o pellas de barro.

Aquella noche Lolo la oyó largo tiempo revolviendo las alacenas y trasegando en la cocina, murmurando por

lo bajo unas palabras muy raras, y luego vio como bajaba a la playa con una gran olla de barro y, tras darle unas friegas morosas que parecían sosegar al animal, le arrancaba un arpón con unas extrañas marcas.

Allí permaneció la ballena toda la noche, quejándose. Desde la ventana del piso el chiquillo la miraba con asombro.

Al amanecer, cuando descendió la marea, solo se veía la huella de su lomo gigante en la arena húmeda. Lolo, entonces, se echó sobre aquella marca inmensa, abriendo en cruz los brazos mientras miraba embobado el vuelo de las gaviotas y oía el rumor impenitente del mar.

La Abuela, días más tarde, viéndolo pensativo, le dijo:
—Las ballenas blancas no se deben matar. El crimen se paga con la ceguera. Por eso los marineros, cuando las ven, lanzan al agua cuencos de leche y hogazas de maíz.

Y como él la miraba estupefacto:

—Pero hombre, ¿no ves al *Topos*, el marinero ciego? Está así por haber matado una cuando era joven. Pero no se te ocurra mencionárselo. Tiembla como un muerto cuando alguien se lo recuerda.

...PUES YA QUE TIENE *USTÉ* tanto interés en husmear las cosas de aquella casa desgraciada, le diré —pese a que yo

no le sé mucho, aunque las viví, como todo quisque, y la peste de la guerra también, desde luego... y vi la partida del rapaz cuando marchó *pa'l* interior, con los abuelos de allá...— le diré, sí, si mis entendederas son aún capaces de recordar, que quizás no gran cosa, y no sirve para nada a los que, como *usté*, andan siempre enredando entre papelorios, que no sé cómo no se les marean los ojos...

Y aunque yo a los Mallante no los traté tanto como otros, pues le eran muy suyos, y no todo el mundo los miraba bien, comenzando por los que cortaban el bacalao aquí en el pueblo... le diré que, en lo que yo vi, que a lo mejor no es mucho, y la lengua parece que hasta se me atraganta al hablar de aquellas cosas, que hace tiempo la tengo deshecha y podrida, y se me prende la sequedad de la tierra en la garganta... que ya de crío el rapaz estaba muy pero que muy enmadrado con la Abuela, pues el Abuelo era ballenero, y andaba todo su puñetero tiempo embarcado en las campañas... y ella llevaba y traía al mocosito de acá para allá, y le insistía siempre en que reparase en los libros, y escribiese las libretas de la escuela, que muchos de nosotros no entendíamos, pero los chavales, en aquel tiempo, ya hacían con una letra muy rumbosa...

Pues así (según contaban que le decía aquella Ada al Lolo, y le estoy hablando de sus primeros tiempos en el pueblo, antes de que enviaran al rapaz a aquella jodida aldea de las montañas), pues así, le decía, al aplicarse en las

cosas de la escuela, al rapaz no le ocurriría como, en otros tiempos, cuando llegaban las cartas del Ramiro —un Tatarabuelo suyo que se había largado para los Trópicos, como tantos de estas tierras—, los de la familia tenían, para leerlas, que llevárselas al cura porque si no irían a parar a las gavetas del desván, entre la mugre y las ratas.

Que el cura, como todos los anteriores, aunque con los Mallante nunca se había entendido demasiado, no dejaba en aquel tiempo de leérselas con gusto, pues era curioso, y así venía a enterarse de cosas que en el pueblo no había manera de conocer ni de coña.

Pero el tal terminó por retirarles el favor, a causa del cabreo que agarró cuando llegó una en la que el Ramiro decía haberse encoñado en las empuñaderas de una mulata de por allá, sin mediar más sacramento que la cama... Que negra como era le había entrado en los redaños, y le había dado un hijo, al cual no bautizó, y era negro y tenía aquel mismo olor...

Que aquello, mi madre, mucho cabreó al cura de dios... Por eso cuando la leyó la arrojó talmente como a una culebra, y salió de la casa santiguándose y largando por el gaznate latines descalabrados...

Por eso ya no quiso leerles más cartas, y los Mallante tuvieron que buscar otra persona para leer la correspondencia del Tatarabuelo, que parecía un folletón, y de los buenos.

Que la trifulca del cura no tenía razón, pues era cosa sabida que todos los mozos, y no solo el bendito del Tatarabuelo, enloquecían allá, si me dispensa, con aquellas hembras tan cachondas.

Pero la cosa es que, cuando le preguntaban a la Ada o a sus hijos, el Roxelio y la Carne, si tenían algún pariente Mallante mulato por allá, decían que no sabían, porque no se había vuelto a saber nada, ya que de un viaje por las Cubas el Tatarabuelo no había retornado nunca.

Que por lo visto había habido un ciclón de mucho rediós, y no se supo nada del barco, de la tripulación ni de las ratas de a bordo....

...CUANDO NO JUGABA en el arenal, o la Abuela no se reclusuía, como el Padrino Melchor, con los murciélagos y las medusas en el desván, la acompañaba.

—Es su sombra. Parece un perro faldero, siempre al rabo —le comentaba Carne a su hermano Roxelio, en las raras ocasiones en que éste aparecía por la casa.

Le gustaba ir con ella a la playa y al embarcadero o, en las tardes de verano, adentrarse en la espesura de los bosques, donde a veces llegaba a amedrentarlo la pasada de un milano o el hozar de un jabalí.

Su naturaleza tímida y frágil, que parecía encogerse frente a las gamberradas de los mangallones del muelle, hallaba en ella puerto seguro donde refugiarse.

...A VECES, los delfines se acercaban a la ensenada y parecían llamarla con extraños silbidos.

El niño, entonces, pensaba si sería a través de ellos, que erraban sin descanso por los mares, cómo la Abuela se enteraba de ciertas cosas. Del paso de las islas navegantes. De los misterios de las profundidades. De criaturas que nadie había visto nunca ni registraba la Enciclopedia que le habían enviado al maestro desde la capital.

“¿Por qué tiene los pelos transparentes? ¿Por qué les sisea a las gaviotas o les lleva cuencos de agua salada e insectos muertos a los murciélagos del desván? ¿Por qué besa el agua cuando va a beber con la berza al mar o vacía el cántaro en el fregadero? ¿Por qué me da sal en vez de azúcar?”...

En las raras ocasiones en que hablaba, y se atrevía a contar algunas de las cosas que Ada le decía, los compañeros se burlaban de él, llamándole mentiroso.

—¿Qué coño te contó hoy tu vieja, cara de bogavante?

En ninguno de los libros de Historia Natural que el maestro guardaba en la escuela como oro en paño, y que venían repletos de láminas, podían encontrar aquellas criaturas de las que le hablaba Ada, y él les contaba inocentemente.

—Qué sabrá tu vieja, si nunca salió del pueblo.

Aquellos comentarios le dolían tanto que decidió guardar para sí las cosas de la Abuela. Por eso aparentaba aún mucho más pusilánime y reservado de lo que era en realidad.

Con certeza, los Mallante habían tenido siempre fama de raros. Les llamaban así porque algunos de ellos trajinaran en otros tiempos por las playas a la búsqueda de lo que vomitaba el mar cuando se producían naufragios. Algunos les miraban de reojo, o les hacían la higa a sus espaldas. En las escasas ocasiones en que las medusas y los murciélagos sobrevolaban el pueblo, la gente se santiguaba o se metía en casa. Incluso se decía, por parte de algún intrigante, que en tiempos antiguos a algún Mallante lo habían quemado en la Plaza Mayor de la capital.

...“BAJO LA ENAGUA, tiene escamas” —oyó un día Lolo a un grandullón, en referencia a Ada.

“Pues dice mi madre que tiene una cruz en el cielo de la boca, y que lleva medusas y murciélagos muertos en los bolsillos de la falda”.

En alguna ocasión en que en la escuela o en el muelle se había acercado a algún corro secreto de chavales, sorprendió la palabra “Mallante” antes de que súbitamente se produjese el silencio o se pusiesen de inme-

diato a anunciar un juego o cualquier trastada improvisada.

—Ahí viene, disimulad —oyó una vez. Otra, le habían gritado—: Lolo, centollo, tiene el padrino toco. —Y otras—: Lolo, caganas, lleva en la piel escamas.

Eso lo intimidaba. Sentía como si lo señalaran. Como si traspasase una raya en el suelo como cuando jugaba al clavo. Entonces le salían más burbujas que de costumbre, dificultándole la respiración. Incluso, alguna vez, había vomitado las algas de la comida.

—¿Y tu padre? ¿Tú tienes padre, sireno mamón?

¿Era todo consecuencia de las rarezas de la Abuela? ¿Por las andanzas del Tío Roxelio, *el Revoltoso*? ¿Por los arrebatos del Padrino Melchor? ¿Por no mantener la familia buenas relaciones con los curas? ¿O todo venía de antes, desde aquellos tiempos de las Piedras de Abalar de las que la Abuela le hablaba algunas noches, y que eran piedras que se balanceaban únicamente en ciertas posiciones que tan solo algunos conocían por tradición?

Lo que cada vez le presentaba menos dudas era el hecho de que por parte de ciertas personas —mayormente las que sospechaba poderosas—, los suyos eran señalados. Como si al caminar, todos los de la casa, comenzando por la Abuela Ada, dejasen rastro. Algún tipo de rastro.

—Abuela, ¿por qué, cuando entra el mar, no se apaga el fuego de la chimenea?

—¿Y por qué se habría de apagar? El fuego es como el mar, nunca descansa. Duerme, anda...

La Abuela, desde luego, le parecía diferente a los otros. Cuando decía “pez”, por ejemplo, él juraría que algo semejante a un pez se le movía en los labios. O que detrás de aquellas cejas que le daban apariencia de ciega, la Abuela veía en la más impenetrable oscuridad.

...UNO DE LOS TEMORES que albergaba en cuanto al nieto era que alguna de aquellas criaturas de cola de pez y busto de mujer se lo arrebatase, como había acontecido con otros Mallante a lo largo del tiempo.

“Si se ve una, o se oye cantar, es señal de naufragio”, había oído decir desde niña.

Sabía que si aquellas frioleras lo deseasen, ella nunca podría evitar que, en sus ensueños más salados y turbios, perturbasen al rapaz con la hermosura de sus pechos desnudos y aquella carne enfebrecida de los labios, arrastrándolo hasta islas que a veces creía ver en la distancia.

De ahí que Ada temblase cuando alguna, en las noches de luna, se acercaba hasta la Seaia o la Maior y se le daba por cantar hasta el amanecer, con aquella tristeza que se metía en las entrañas y no se sabía nunca de dónde brotaba.

Más que de carne, aquellas criaturas se le antojaban como de algas, y olían a nácar, y algo recordaban a las manzanas que maduraban en el desván. Y al día siguiente de su visita, en aquel pueblo que no venía señalado en los mapas y en el que las personas hablaban con un seseo como el del mar, siempre se echaba de menos a algún varón dotado.

Por eso desconfiaba de que pudiesen arrebatarse al nieto para no devolvérselo nunca. O devolvérselo luego de haberlo hecho hombre y de chuparle la sangre, de modo que al final hubiese que meterlo alelado, como al Padrino, en el desván, sin poder despertarlo nunca del letargo.

Ada temía, más que su belleza, aquel turbador poderío que trastornaba a los que se les entregaban. Que si se daba el caso de que fuesen de temprana edad, con la figura aún niña y escasamente formada, Ada sabía que eran todavía afectados con mayor voracidad, ya que aquellos juegos impropios de los humanos a los que se entregaban sin saciarse nunca, los conducían a la desesperación antes de entrar en la madurez.

Por eso solía mirar de reojo, como si desconfiase, para aquella (la *Sirena Sonriente*, solían llamarla) que el mar había vomitado al arenal en pasados tiempos, y no era sino un mascarón de proa hermosamente tallado y pintado, que algún antepasado colgó en su día en la chi-

menea del lar, donde permaneció para siempre a pesar de la temerosa desconfianza de la Abuela Ada.

...ALGUNAS TARDES Ada se sentaba en el umbral a ver pasar las aves o a contemplar las olas. Viendo pasar las horas, parecía un mascarón de proa, una estatua de sal.

—Abuela, hoy pareces la Sirena Sonriente —le dijo un día el niño, cuando el sol del crepúsculo se retiraba.

En las épocas en que permanecía así, ensimismada largo tiempo, era cuando preparaba los ungüentos y los remedios con las hierbas.

Cogía ruda y malvavisco para el parto, valeriana y tilla contra los delirios del Padrino Melchor, menta y hierba de los predicadores para las afonías del Abuelo, ár-nica y zarza cuando a Carme le venían agrias las menstruaciones...

Más de una vez, enterado de sus conocimientos, el maestro “nuevo” que en tiempos recientes había recalado en el pueblo, se había acercado a preguntarle si la fumaría y la artemisa servían para las muelas, si empleaba la tomatera silvestre, que qué era la pelosilla, que si había probado la correhuela, que si la *carbueira* y el beleño servían para algo...

En las épocas en que tenía que ayudar en algún alumbramiento (con escasa frecuencia, pues desde hacía un

tiempo muchas mujeres acudían al boticario o hacían venir un médico de la ciudad), o cuando se entregaba a ablandar los ungüentos que algunas mujeres de las casas más pobres y apartadas le venían a pedir, se dejaba ver menos, y Lolo entonces nunca la veía comer.

Se le ponía la piel vagamente traslúcida, como la de las anémonas o las medusas, y entonces al niño le parecía que caminaba más ligera y hablaba menos, aunque la voz, por contraste, se le pusiese más grave y como ronca, mientras a los ojos le asomaba una espesura verde.

En ocasiones iba al bosque acompañada de los murciélagos y de las medusas; e incluso, a veces, del chiquillo. Vestía siempre de negro. Y al dirigirle la palabra en aquellas épocas en que preparaba los remedios, al pequeño le parecía como si saliese de un lejano ensimismamiento. Parecía verlo todo, aunque no mirase o no pareciese estar presente...

...Que, si le digo la verdad, eran bastantes los que no creían en esas historias y cuentos que venían de los tiempos de la Mari Castaña, y en las que solo reparaban los Mallante de la Ada y pocos más.

Que todo eran inventos de tunantes, entretenimientos de metomentodos, ocurrencias de mentecatos...

Ni la aparición del delfín era un buen agüero, según decían, ni venía a adormecer a los mocosos que, como seguramente el tal Lolo, dejaban una concha o cualquier otro amuleto bajo la almohada. Que ni los caballos podían galopar por las profundidades ni los burros conversar con San Telmo y San Brandán en las islas a poniente de las Trimarcas, aunque esas cosas, a los escasos forasteros que llegaban, les gustasen de carajo, pues en los últimos tiempos más de uno, que se veía estudiado y escribía en papeorios como *usté*, venía desde la ciudad y preguntaba todo resabiado acerca de las cosas más raras... como si aún se andaba por aquí a la caza de ballenas, si eran sirenas las mozas que hacían puntillas, si creíamos en las ánimas o en las ciudades sumergidas, y cosas de esa traza...

Que lo de las ballenas sí era cierto, pues el Reimundo de los Mallante, con cuatro alocados más, como todos los del pueblo en otros tiempos, todavía las cazaba... pero lo de las sirenas, si le digo la verdad, lo que es sirenas y otras animalias de esas, yo solo las veía cuando volvía para casa zumbado hasta las empañaderas por las copas de caña que trasegaba en los garitos de *la Comandanta* y del *Moby Dick*...

Que sí, que a la Ada aquella, desde luego, no le faltaban rarezas...

Algunos decían que era de las que tenían ajos y cebollas en el cabecero, no pasaban nunca por debajo de

una escalera y ponían conchas marinas sobre las tumbas del camposanto. Otros, que si era una de aquellas sirenas traídas antiguamente para las casas...

Que lo de las conchas era cierto, pues yo, que era enterrador, vi como en más de una ocasión arrojaba un puñado de conchas sobre la tierra...

Desde luego, lo de los murciélagos y las mareas era raro de carajo, y daba mucho que hablar...

Y luego aquella mirada, y aquellos pelos...